

# EL MOTÍN

Año XXXVI.

Madrid, Jueves 4 Mayo 1916.

Número 18.

## A un inocente

¿Que á enajenar tu pluma te has negado?  
¿Pero de dónde sales, criatura?  
¿O te has imaginado por ventura  
que hoy medra el periodista siendo honrado?  
Fíjate en todo el que cual tú ha pensado,  
y lo verás pasando vida dura  
mientras empuja necios á la altura  
por un jornal mezquino y mal cobrado.  
Déjate, pues, de escrúpulos pueriles;  
comercia con tu pluma, no seas tonto,  
y hállala digna si te da dinero.  
Confía en mi experiencia y no vaciles.  
Un consejo tan sólo: que sea pronto,  
no vaya á anticiparse un compañero.

José Nakens

## ADVERTENCIA

Habiendo recibido el sábado al mediodía el retrato del general Maroto, no ha podido ir en este número.

Irá en el próximo.

Traslado con mucho gusto á las columnas de EL MOTÍN el siguiente artículo de Alvaro de Albornoz, publicado en la revista *España*, por lo imparcial y sincero que es.

Estoy decidido á hacer cuanto pueda para que no siga la zafia Aldonza disfrazándose de Dulcinea, ni Sancho, el malicioso, embustero y truchiman, prevaleciendo sobre Don Quijote, el caballero, el leal y el noble.

Sería una profanación horrible en estos momentos en que asistimos á una modesta apoteosis de Cervantes:

## LA CRISIS DEL REPUBLICANISMO

### La panacea de la unión

Lo de menos es sumar á los republicanos, que constituyen una minoría en el país y además son inconciliables por sus principios; lo que importa es convencer á los demás de que la República es una garantía.

CASTELAR

El pueblo republicano atribuye á la unión una virtud casi maravillosa. Todos los contratiempos, todas las derrotas, todos los descalabros sufridos en una oposición de cuarenta años los explica por las rivalidades y diferencias entre los jefes. Cada vez que, en medio de las luchas intestinas que destrozan al partido, un propagandista de alguna autoridad lanza la palabra *unión*, la muchedumbre lo sigue entusiasmada. Mientras los jefes, incompatibles, discuten ideas y procedimientos, en mítines, banquetes y veladas se aboga ardorosamente por la unión de todos los republicanos.

Estimulados, y á veces obligados, por la corriente de la opinión popular, los jefes se conciertan para una acción común

de los respectivos partidos frente al régimen monárquico. Toda la historia del republicanismo español desde la Restauración acá, es una serie de uniones, fusiones y coaliciones. En 1876, Salmerón y Ruiz Zorrilla pactan en París unas bases, de las que nace el *Partido Republicano Reformista*. En 1880 se establece una inteligencia entre salmeronianos y zorrillistas y los federales que seguían á Figueras, llamados orgánicos. En 1885, los partidarios de Ruiz Zorrilla y de Salmerón y los federales pactistas, acaudillados por Pi, pactan una coalición electoral. Tras el intento fracasado de Chies, en 1887, la fórmula ofrecida por Ruiz Zorrilla, en 1889, rechazada por Pi y Salmerón, y las conferencias del mismo año entre Pi y Margall y el desterrado de París, se llega en 1891 á una nueva coalición electoral. En 1893, se constituye la *Unión Republicana* formada por los elementos dirigidos por Ruiz Zorrilla, Salmerón y Pi. En 1897, nueva inteligencia, de la que resulta el partido de *Unión Republicana*. En 1900, se constituye la *Unión Nacional Republicana*. En 1903, nueva unión, aclamada, con la jefatura de Salmerón, en la famosa asamblea del Teatro Lírico. En 1910, se constituye la *Conjunción Republicano-socialista*.

Todas estas uniones é inteligencias estaban incapacitadas, desde el momento mismo de nacer, para realizar una obra fecunda. Empezaban los directores de fuerzas republicanas por discrepar en cuanto al procedimiento para combatir al régimen monárquico. Ruiz Zorrilla era partidario decidido y resuelto del procedimiento revolucionario y ni siquiera quería oír hablar de luchas legales. Por el contrario, Castelar rechazaba el procedimiento revolucionario en absoluto: decía que los posibilistas no podían ser conspiradores y que organizar un partido para la revolución y no para la legalidad era una demencia. Pi no esperaba gran cosa de las luchas legales, pero distaba mucho de ser un temperamento revolucionario. En cuanto á Salmerón, era ante todo un filósofo que tenía de la revolución un concepto casi místico. Abominaba de los pronunciamientos. Los hombres—decía—pueden hacer motines y algaradas; la revolución es una cosa santa que sólo pueden hacer los pueblos.

Si en lo tocante al procedimiento discrepaban, no era tampoco fácil que los diferentes jefes lograsen ponerse de acuerdo respecto de las ideas. Prescindir de éstas era la primera condición para llegar á una inteligencia. De aquí la falta de programa de todas las uniones, fusiones y coaliciones. En el pacto firmado en París en 1876 por Ruiz Zorrilla y Salmerón sólo se afirman algunas ideas fundamentales. La coalición electoral de 1885 no tenía más programa que ganar las elecciones. En el manifiesto publicado por la minoría republicana del Parlamento después de las elecciones municipales de 1891 todo el programa económi-

co se reduce á la supresión de los consumos. En el programa de la *Unión Republicana* de 1893 no se hace sino afirmar la República como forma de gobierno y la necesidad de apelar á todos los procedimientos para implantarla. El programa social de la *Fusión Republicana* de 1897 se reduce á la promesa de restablecer la ley de 24 de Julio de 1873 sobre el trabajo en las fábricas, talleres y minas y á la presentación á las Cortes de un proyecto de ley sobre jurados mixtos. En el programa de la *Unión Nacional Republicana* de 1900, sólo hay afirmaciones de carácter general: supremacía del poder civil, respeto á los derechos individuales, independencia del poder judicial; nada referente al problema obrero; nada respecto al gran problema económico, en los momentos en que la llamada *Unión Nacional*, que dirigen Costa y Paraiso, agita con una intensa campaña al país. La *unión* de 1903, formidable como explosión de entusiasmo, como movimiento pasional, carece de programa en absoluto. En cuanto á la *Conjunción Republicano-socialista*, formada por los elementos más heterogéneos, no llegó hasta ahora, que nosotros sepamos, á formar un programa, limitándose á afirmar su oposición á la vuelta de Maura al poder y la necesidad de instaurar por todos los medios la República.

Aun prescindiendo de las ideas, ni una sola vez fué posible unir á todos los elementos republicanos. Castelar no entró jamás en pacto, inteligencia ni coalición con nadie. En la *Unión* de 1880, constituida por salmeronianos, zorrillistas y federales orgánicos, no entraron los pactistas de Pi. Fuera de la coalición electoral de 1855 quedaron Labra, Pedregal y algunos otros hombres importantes del republicanismo. Pi y los federales que le seguían no entraron en la *Fusión Republicana* ni en la *Unión* de 1900. Ni los federales ni los progresistas se avinieron á disolver los respectivos partidos en 1903. De la *Conjunción Republicano-socialista*, apenas constituida, fué lanzado el partido radical, acaudillado por Lerroux.

Uniones é inteligencias de tal modo concertadas, forzosamente tenían que ser efímeras y estériles. Las de 1876 y 1880, duraron poco. La de 1885 se rompió con escándalo en la asamblea de 1887; Salmerón tuvo que renunciar el acta de diputado, porque los comités de Madrid se manifestaron unánimemente por las ideas de Ruiz Zorrilla. La de 1893 terminó en 1894 con el mitin monstruoso del *Príncipe Alfonso*, en que Salmerón y la muchedumbre que llenaba el teatro se increparon recíprocamente. A los dos años de constituida la *Unión*, Sol y Ortega declaraba en el Congreso, en uno de sus más célebres discursos, que los republicanos no inspiraban al país más confianza que los monárquicos. En 1905, en que Nakens publicó sus famosas cartas dirigidas á Salmerón, había perdido toda eficacia la *Unión* aclamada en 1903; y en 1907 Salmerón, jefe de la *Solidaridad*, declinaba la representación que, en solemne plebiscito, le había otorgado el pueblo republicano. No queremos hacer ni una alusión siquiera á las luchas últimas, brutales, de encono, entre los diferentes bandos republicanos.

Tan lamentable historia de uniones, fusiones y coaliciones, debiera haber desacreditado un tanto la panacea de la *Unión*. Sin embargo, y como si de nada nos sirviera tan larga experiencia, nue-

vamente abogan por la *Unión* todos los periódicos republicanos, á excepción de *EL MOTÍN*. El viejo Nakens, en un artículo rebotante de sinceridad, que no ha merecido ni un comentario á la prensa republicana, se opone franca, resueltamente, al nuevo intento de unión. Coincidiendo con Castelar, su enemigo de toda la vida, cree que lo que importa es inspirar confianza á las gentes. «No nos engañemos—dice—; estamos completamente desacreditados en la opinión y no somos garantía de nada».

Esa es la verdad. Los que atribuyen á la *Unión* una virtud casi maravillosa, deben meditar las palabras del viejo rebelde. Una suma de incapacidades y escepticismos no puede dar por resultado la capacidad gobernante, el aliento romántico indispensable para las altas empresas. Que la división y las luchas intestinas nos han quitado autoridad, es indudable; pero las verdaderas causas de la impotencia republicana son más hondas. De ellas nos ocuparemos en otro artículo.

ALVARO DE ALBORNOZ

Hago mío el artículo de Albornoz, menos en un punto: el de creer que, dada la triste situación á que ha llegado el republicanismo, convenciera á nadie el programa que diéramos, por completo que fuese, si antes no realizáramos un acto de virilidad colectiva que evidenciara nuestro deseo de que imperase en España la justicia, comenzando por hacerla en nuestra casa. Sin esto, será inútil cuanto hagamos, y la nación se encojerá de hombros ante cuantos programas lancemos. Los hombres garantizan las ideas; no las ideas á los hombres. Partidarios del absolutismo hay que encantan por lo llano y sencillo de su trato; como hay demócratas infatuados é insoportables por su tiesura, su vanidad necia y su empaque ridículo.

Hoy las ideas, lo mismo las políticas que las económicas, están al alcance de todas las fortunas: lo que faltan son hombres que, al ofrecer llevarlas á la práctica, inspiren la suficiente confianza por su voluntad firme, sus miras desinteresadas y su rectitud de propósitos.

¿Hay quien reúna hoy esas tres condiciones entre los republicanos que figuran? No; por lo menos no las han exhibido. Luego maldito el caso que nos haría el país, aunque le presentáramos el programa de cuyo cumplimiento dependiera su salvación.

Por lo tanto, no pensemos ahora en uniones que el más torpe ve para qué se piden, ni en programas cuya ejecución nadie abona. No basta ofrecer: hay que ponernos antes en condiciones de que los demás crean que podemos cumplir lo que ofrezcamos.

Si se parecieran todos los españoles en lo confiados y crédulos á las masas republicanas, la cuestión estaba resuelta: con unos cuantos discursos ofreciendo por millonésima vez combatir á sangre y fuego la Monarquía hasta implantar la República,

bastaría para dejarlos convencidos; mas ¡ay! esto de dejarse engañar tantas veces sin caer ni en la tentación de hojear siquiera el Diccionario por la página en que figura la palabra *escarmiento*, para enterarse bien de su verdadero significado, virtud es que sólo radica en nuestras masas.

Hasta los pastores de la fábula (fijarse bien: ¡los pastores!) se convencieron al cabo de que se burlaba de ellos el zagal que les gritaba: ¡al lobo!, ¡al lobo!

Mas advierto ahora que he debido emplear el verbo radicar en pretérito, puesto que en las pasadas elecciones han dado ya la mitad de nuestras masas, negándose á votar, pruebas inequívocas de que no están ya dispuestos á consentir por más tiempo que se burlen de ellas.

Sigan por ese camino, y no caigan de nuevo en el lazo de los que predicán la unión para que vuelvan al que seguían. A las palabras «¡Olvido y unión!», opongán ellas las de: «¡Depuración y eliminación!». Y allá veremos.

Y si las ponen en práctica, poco á poco irá recobrando el republicanismo el prestigio que unos cuantos le han hecho perder, y con ese prestigio la esperanza de que el país vuelva á ver en nosotros su salvación.

Mucho antes han debido las masas hacer lo que hoy; pero, en fin, nunca es tarde si la dicha es buena.

JOSÉ NAKENS

## Idea que no ha cuajado

Nadie ¡pobre de mí! ha tomado en cuenta mi proposición de que renunciaran á sus actas nuestros diputados y concejales, para ponerse en condiciones de demostrar que, al pedir ahora la unión de todos los republicanos, no llevan ninguna mira egoísta.

Me parecía tan natural que todos cuantos desempeñan esos cargos de elección popular se hubieran apresurado individualmente á aceptarla, que estuve á punto de buscar á un grabador en hueco para encargarle que fuese dibujando una Medalla... Pero de esto hablaré más adelante.

Sí; nadie se ha dignado hacerse cargo de mi proposición, ni aun para combatirla. Y, sin embargo, yo sigo creyendo que hubiera producido muchos bienes el aceptarla; para realizarla, claro es; por lo pronto, el de desvanecer los rumores, cada día más persistentes, de que hay republicanos que medran en esos cargos. La renuncia los hubiera disipado por completo.

El acto, casi más que por lo extraordinario, hubiera sorprendido por lo inesperado, ¿Y por lo abnegado? Cien veces más. ¡Sin renombre y prestigio que hubiese dado á quienes lo realizaran!

Tanto me entusiasmaba la idea, que por primera vez en mi vida lamenté no ser diputado ó concejal. «¡Sería yo uno de esos héroes!», exclamaba con mal disimulada envidia. Y recordaba el orgullo con que los italianos que acompañaron á Garibaldi, decían después: «¡Yo fui uno de los 1.000 de Marsala!»

¡Pero nadie, nadie se ha hecho eco de mi proposición! La relegaré con pena infinita á la mansión de los sueños políticos no realizados. No sé si cabrá en ella. ¡He encerrado tantos allí!

Volviendo á lo de la Medalla, no puede nadie imaginarse lo que celebró ahora no haberme dejado llevar del impulso que me arrastraba á la casa de un grabador en hueco. Bien dijo Talleyrand: «Hay que desconfiar siempre del primer pensamiento, por que es el bueno.»

Y mi primero en esto de la Medalla, fué vaciarla en oro, por parecerme de perlas la idea de la renuncia; mas recordando que apenas si lo vi alguna vez, y esto de paso, pensé en la plata, con la que he tenido algún trato, aunque con frecuentes intermitencias; decidiéndome al fin por el cobre, con el que he vivido siempre en buena armonía. Después de todo, y bien mirado, lo importante aquí no era el valor intrínseco de la Medalla, sino el acto que recordaba.

Y ahora que hablo del acto. ¡Cuán hermoso hubiera resultado el espectáculo de ir colocando, en la Asamblea convocada para realizar la unión, una Medalla en el pecho de cada *renunciador* al acta, Medalla que hubiera llevado esta inscripción!

A LOS DIPUTADOS  
Y  
CONCEJALES  
PREMIO DE ABNEGACION  
1916

La ostentación de esa Medalla en cualquiera de nuestras habituales fiestas, un banquete, una merienda, un vino de honor, hubiera hecho sentir á todos los concurrentes la noble emulación de sacrificarse por la República. ¡Un correligionario que había renunciado á un acta! La admiración y el respeto habrían rodeado al que la llevase. ¡Qué cruz laureada de San Fernando en lo militar, hubiera dado la idea del valor heroico, mejor que la Medalla aquella, patentizadora del mayor sacrificio que puede hacer un republicano de altura, el del acta!

Con harto dolor de mi alma renuncié á la realización de esa idea salvadora, ante el mutismo general de mis correligionarios. Y pienso con amargura en las muchas de su clase que no se habrán llevado á la práctica desde los tiempos de Adán acá, muertas al nacer por la indiferencia con que fueron acogidas por los mismos á quien favorecía.

¡Pero qué ciega es la Humanidad,

sobre todo en su parte republicana española!

## Hombres y programas

No ha sido falta de hombres lo que ha padecido el partido republicano. No han faltado jefes, ni masas. Ha tenido desfiles gloriosos que infundieron pavor á la monarquía.

No han faltado programas. Cada jefe promulgó, al bajar del Sinaí, el suyo á guisa de Decálogo. Cada partido, reza el programa como *credo* inmutable. Cada grupo y grupito, predicán y ensalzan el suyo respectivo.

¿Cómo, pues, con sobrados programas y con hombres sobrados, se ha venido á parar al actual aniquilamiento?

La historia de los programas es calamitosa. A fuerza de repetirlos y decorarlos se ha perdido su conocimiento. Lo que pasa á las religiones y á los devotos. Rezan lo que no entienden ó lo que no sienten. Para disimular la ausencia del sentimiento en el rezo, acuden al solfeo, y cantan ó declaman. Y así, los programas vienen á servir para cantar, para rezar, para entretener el tiempo... para todo, menos para llevarlos á la práctica y hacerlos viables. Acaban por ser música celestial, aun para los grandes talentos como Costa, que orquestó á toda orquesta los principios republicanos.

Sus magníficas ejecuciones artísticas arrancaban aplausos entusiastas. Como los terribles misioneros de aldea: en acabando el sermón, el público convencido, dice: ¡Soberbio discurso!... Y ahí todo. Todo el mundo convencido de la doctrina y de la habilidad del orador. Pero nadie se mueve de su asiento. Nadie se corrige. Nadie *hace* nada. El orador da por realizado el programa con el discurso. El público cree haberlo realizado con aplaudirlo. Y la monarquía va respondiendo: «Ahí me las den todas.»

El republicanismo dejó la vida activa para entregarse á la contemplativa. ¡Qué bellos programas! ¡Qué bizarros oradores!

Y así se han pasado cuarenta años hablando de *república* y haciendo *monarquía*.

La única excepción habida, fué la revolución de 1909. Que precisamente se hizo *sin hombres y sin programas*. ¿Cuál partido la hizo? ¿Cuál jefe? ¿Cuál grupo constituido? *No se sabe*. Durante la refriega, Programas, Jefes y Partidos, decían á una: *Tío, yo no he sido*. Pasada la refriega, to-

dos, quien más quien menos, decía: *Aquel anónimo era... yo*.

Los hechos parecen demostrar: primero, la infecundidad de los jefes; segundo, la de los programas; tercero, la de los organismos; cuarto, la fecundidad *anónima*, difusa é inmanente; quinto, la esterilización de esta fecundidad por la influencia de aquellos organismos.

Existe la fecundidad: la revolución de 1909 lo dice. Existe la esterilización: lo demuestra la labor negativa de cuarenta años.

La vida republicana en este período hase reducido á lo siguiente:

En el municipio ó distrito, á crear y sostener un casino ó círculo, que, salvo honrosas excepciones, con pretextos iniciales varios se fué convirtiendo en centro electoral del concejal A ó Z, que vino á ser el *cerebro* y alma del centro.

En el partido ó distrito se colegiaron los cabezas aquellos alrededor del diputado N ó X. En la nación, colegiáronse los diputados en la izquierda del Congreso, para constituir las minorías, dedicadas á *pasar el tiempo*, á estudiar los gestos para sostener la respectiva sinecura, y... *trampa adelante*.

La labor parlamentaria ha consistido en afirmar la república durante el período electoral, y en olvidarse de ella durante la legislatura.

Cuando un diputado se ha sentido republicano en el Congreso, las minorías se han sentido monárquicas. Cuando se han sentido republicanas las minorías, resultaron monárquicos los diputados.

Con lo cual, en cuarenta años de campaña, no se libró ninguna acción formal. No ha habido batalla sin derrota.

Ni hombres ni programas sirvieron para evitar un triunfo, uno siquiera, del enemigo.

Nuestros programas fueron palabras, palabras y palabras.

Nuestros hombres, fueron oradores, oradores y oradores.

Hemos hecho millares de discursos. Millares de frases retóricas. Y nada más.

¿Puede el pueblo vivir de solo palabras?

¿La libertad y la democracia, son simples palabras?

¿La vida es una simple charla?

Las cigarras republicanas siguen cantando en las ramas.

Las hormigas clericales invaden el tronco y raíces del árbol.

Conclusión: no son programas estos, ni hombres estos. O no son estos programas, con estos hombres. O

no son estos hombres, con estos programas.

O cambio de hombres, ó cambio de programas, ó cambio de relaciones entre ellos. Si los programas son los fecundos, los hombres son los estériles. Si los fecundos son los hombres, son estériles los programas. Si todos son fecundos, la esterilidad está en la incapacidad para la debida copulación. No se copulan según manda la ley de Dios: se copulan sodomíticamente.

P. O.

## Esperanza halagadora

Varias veces he tenido la pluma en la mano para escribir:

«Aquí, en el partido republicano, se ha perdido ya todo, incluso la dignidad y la vergüenza. Los farsantes y vividores predominan, y el pueblo, estúpido, idólatra ó degradado, eleva y corea á los que, con retruécanos revolucionarios de mal gusto, consiguen que los ayude y defienda.

Esto no tiene ya remedio, y, por lo tanto, me retiro de la política, para dedicarme exclusivamente á combatir la única religión verdadera y á sus respetables ministros.»

Y nadie puede imaginarse cuánto me alegro hoy de no haber escrito eso, pues tendría que borrarlo y pedir humildemente perdón al pueblo por haberle ofendido al suponer que nunca reconocería su error, y siempre ayudaría inconscientemente, pasando así por cómplice suyo, á los que le engañan para explotarle.

Los 24.000 republicanos que se han abstenido de votar el 9 del corriente en Madrid, como los millares que en Barcelona y otros puntos han hecho lo mismo, prueban elocuentemente que son ya más en el republicanismo los advertidos que los engañados; y que podemos abrigar la esperanza fundada de que para las próximas elecciones habrá aumentado prodigiosamente el número de los que, parodiando á Méndez Núñez, exclamen:

«El partido republicano quiere mejor honra y prestigio, que diputados y concejales.»

## ERROR MÍO

La mayor parte de los matrimonios desgraciados (el noventa por ciento próximamente) lo son por haberse atribuido los cónyuges, cuando ejercían de novios, cualidades ó perfecciones que no tenían. Y al tocar la realidad una vez claveteado el santo vínculo, cada cual supuso que el otro le había engañado, siendo así que quien se engañó fué cada cual.

Algo parecido me ha ocurrido á mí en política. He supuesto que muchos de los hombres que ocupaban pue-

tos preeminentes estaban adornados de las cualidades necesarias para desempeñarlos bien, y honrarlos por añadidura, y al tocar la realidad y ver que no eran como yo pensaba, he arremetido contra ellos.

Y no hubiera sabido qué contestarles, si algunos llegan á decirme: «Pero, imbécil, ¿qué culpa tenemos nosotros de que desde luego no nos vieras como realmente somos, ó que creyeses que en política triunfan siempre los mejores, medran los honrados y se imponen los dignos?»

Afortunadamente para mi mal conquistada reputación de hombre práctico, ningún republicano de cartel me ha hecho esa pregunta. Me hubiera obligado á contestarle con la humildad del que se equivoca: «Tiene usted razón: soy un imbécil, que me he pasado la vida pretendiendo que los directores del republicanismo justificaran con sus actos estar en posesión de las cualidades superiores que yo les había caprichosamente atribuido, suponiendo que no debe aspirarse á ocupar altos puestos sin poseerlos. Comprendo ahora que me he equivocado como el noventa por ciento de los que se casan, ya católica, ya civilmente. Sírvase usted perdonar mi error, atendiendo á la buena intención con que lo cometí, y salud y actas.»

## ¡POBRE DIABLO!

Emilio Junoy se ha pasado *del todo* á la Monarquía. Ayudarla desde el campo republicano, esto ya lo venía haciendo hace muchos años.

La señora que frecuenta de ocultas las casas de compromiso, resulta menos indecente inscribiéndose en la Sección de Higiene y entrando de pupila en un burdel.

Y me permito esta comparación en vista de que ya ciertos hombres públicos se parecen tanto á las mujeres públicas, á quienes ruego que no se ofendan por lo deshonesto, para ellas, de la comparación.

## En nombre de Cervantes

Cuatro de los muchachos que escribían el periódico *Los Miserables*, están presos en la cárcel de Barcelona: Pintado, Santos, Capdevila y Muñoz.

Es posible que exagerasen la nota al decir lo que los periodistas viejos decimos con más cuquería ó cobardía, para sortear Poncios y fiscales: la experiencia es madre de la ciencia... de escurrir el bulto. Pero aun conviniendo en ello ¿no cree el Gobierno que para esos periodistas y cuantos se encuentren presos ó procesados, sean del partido que sean, debe conceder un indulto, ya que esa gracia se

aplica á diario hasta en favor de individuos condenados por delitos comunes? ¿O piensa quedar en esto por bajo del gobierno de Dato, que indultó á los llamados delincuentes políticos á poco de subir al poder?

Concédalo cuanto antes, para evitar á España la vergüenza de que vayan todavía los escritores á la cárcel por delitos de opinión.

Y si quiere darle á su acto de clemencia gran relieve, concédalo en nombre de Cervantes, y ninguno de los homenajes que actualmente se le tributan excederá á ese su grandeza.

El que proporcionó la evasión á tantos cautivos en Argel el siglo xvi, bien merece que en su nombre se ponga en libertad á los periodistas presos el xx en España.

## Premio de asiduidad

En la pasada legislatura se dió muchas tardes en el Congreso el caso de que sólo se vieran ocupados tres ó cuatro asientos en los bancos que ocupaba la minoría republicana.

Por si en esta ocurriese lo mismo, y con el propósito de que sean ensalzados los artilleros que estén siempre al pié del cañón, voy a ver si consigo que un correligionario que por obligación vaya todas las tardes al Congreso, me dé la lista de los diputados que á cada sesión concurren, para publicarla todas las semanas.

Y con esto sabrá el partido á cuáles de sus representantes debe ensalzar por cumplir asiduamente con ese su primer deber, sin el que es completamente imposible llenar bien los otros.

## Prohibición justa

El Papa había dispuesto, ó autorizado, ó consentido que se estableciesen cinematógrafos en las iglesias de Roma para exhibir películas de asuntos religiosos, y ha tenido que ordenar que se retiren, pero á escape. Tales profanaciones cometían los piadosos y acendrados católicos.

Preocupado sin duda con las cosas del cielo, Su Santidad debe haber dedicado poco tiempo al estudio de las de la Tierra: de no ser así, habría advertido que si en los *cines* profanos ocurren escándalos inauditos al apagarse la luz, más y de mayor calibre se cometerían en los templos.

Mientras más obstáculos hay que vencer para lograr un fin, más vivo es el deseo de allanarlos, sobre todo en asuntos relacionados de cerca ó de lejos con la reproducción de la especie.

Y esto de pecar faltando á la vez á una porción de respetos divinos y humanos, debe excitar en tan alto grado la sensibilidad nerviosa de los

El prusianismo y la civilización.



“La fuerza es el derecho supremo, y la disputa acerca de lo que es el derecho se decide por el arbitraje de la guerra”.—Bernhard.

(Raemaekers.)

creyentes, que felicito al Papa por haber quitado el *cine* de las iglesias.

Y gracias á que muchos pecadores, arrepentidos de su falta, se acercarán al tribunal de la penitencia al acabar cada función, y podrían dormir tranquilos al ser absueltos; que si no, ¡qué noches de insomnio tan horribles habrían pasado los católicos de carne flaca y manos ágiles en la ciudad do mora el representante de Dios en la Tierra!

Mas no insisto en este asunto, puesto que ya está arreglado, y no hay, por lo tanto, peligro de que las almas de los buenos continúen perdiéndose en el lugar donde acostumbra á ir á purificarse.

Hallar la muerte eterna donde se busca la eterna vida ¡qué idea tan horrorosa!

## YO, SIEMPRE YO

Alguien me pregunta si á última hora me ha dado por adular á los militares.

Ese tal (¿les parecería bien á mis lectores que le añadiera, por cual?) ¡Sí? Pues se lo añadiré.

Ese tal por cual no debe haber leído mucho EL MOTIN. De lo contrario sabría que yo siempre fui cortesano de los militares en desgracia, cuando ésta les vino por haber defendido la libertad.

Recuerdo que al volver de París en 1890, con el marqués de Santa Marta, que había ido á ofrecerle á Ruiz Zorrilla la cantidad que necesitara para derribar la Monarquía (que sigue en pie, y lo que te rondaré, morena), publiqué un artículo en estilo semi irónico, excitando á los republicanos á hacer algo por los militares emigrados, que se morían de hambre. Voy á copiarlo á continuación, para que se enteren todos los majaderos que piensen como ese tal por cuál, de que yo sólo adulo á los militares, cuando están caídos:

### LOS EMIGRADOS

En mi último viaje á París tuve la honra de estrechar la mano de los diez ó doce que allí están.

Reunido con ellos en el banquete que el marqués de Santa Marta les dió, pude apreciar lo que valen, lo que sufren y lo que callan.

Lo que valen, por la resignación altiva con que soportan su desgracia; lo que sufren, por la emoción y el cariño con que hablan de la patria ausente; y lo que callan, por el rubor y el embarazo con que contestaron á las preguntas que les dirigí acerca de su situación económica.

Si, aquellos hombres de corazón que perdieron patria, familia y carrera por cumplir su deber de republicanos, balbucean en vez de quejarse cuando se les interroga acerca de esto; no así cuando se les habla de nuevos sacrificios, que entonces todos quieren contestar los primeros.

Había que verlos en el banquete, sin atreverse siquiera á responder, cuando

eran allí los que estaban á la cabecera; los que podían hablar más alto; los que debían estar orgullosos.

¿Qué éramos los demás ante ellos, exceptuando el Sr. Ruiz Zorrilla, que lleva tantos años en la emigración? Nada ó bien poco; pues aun cuando todos los allí reunidos hemos luchado por el triunfo de la República, ni la lucha ha sido igual en todos, ni hemos dejado de respirar los aires natales, únicos que ensanchan los pulmones.

El célebre socialista Blanqui, que pasó su larga vida emigrado y preso, prefería el presidio en su país á la emigración. Desde que he visto en París á los que se han sacrificado por nuestra causa, pienso exactamente lo mismo.

Produce el verlos mucha tristeza, mucha; y algo así parecido al sonrojo. De mí sé decir que apenas me atrevía á manifestar entusiasmo, por temor á que me pudieran contestar con justicia: «¿Y qué ha hecho usted por eso que tanta ama, según dice?»

Cuando el Sr. Ruiz Zorrilla los elogió cual merecían, no sólo por los actos realizados al sublevarse, sino por su noble y honrada conducta después, los ojos de muchos de ellos se empañaron y se consideraron pagados de todos sus sacrificios y amarguras.

Y cuando el marqués de Santa Marta les suplicó de delicada manera que hicieran en su nombre un obsequio á las personas por ellos queridas, no supieron qué contestar; siendo su silencio la prueba mayor de su agradecimiento.

Pues bien: estos hombres, y los pocos que están en Angulema, Rennes y Africa, que apenas llegarán á treinta entre todos, y que tanto valen, tanto sufren y tanto callan, estos hombres reciben *un real diario* para atender á todas sus necesidades!

¿Qué decir después de estampada esta cifra? Nada que sea más elocuente.

¿Qué pensar? Que el partido republicano revolucionario no ha tenido hasta ahora noticia de esto.

¿Qué esperar? Que se apresure á remediarlo.

Mal estamos casi todos los republicanos; pero ¿no ha de haber siquiera *seiscientos* en toda España que puedan dar un duro al mes para obligación tan sagrada? Y con *seiscientos* duros, aparte de las cuotas más pequeñas que se recaudaran, ¿no podría atenderse á los emigrados y llevar también algún consuelo á los pocos republicanos que están en presidio?

¿Y no podría la Junta directiva del partido republicano progresista, á quien de derecho corresponde, tomar la iniciativa en este asunto?

Si; todo esto es posible, y todo se hará; estoy seguro de ello. Y tanto lo estoy, que me anticipo á dar las gracias á esa Junta en nombre de cuantos padecen en la emigración y el extranjero por la causa republicana, y sin cuyo sacrificio nadie creería hoy en la existencia, ni en la fuerza, ni en la virtualidad del partido republicano, como oportunamente dijo Ruiz Zorrilla en el banquete.»

18 de Mayo de 1890.

## ¡MEJICO SALVADO!

Según un telegrama de Londres del 25 del mes anterior, al clero del

Estado de Hidalgo (Méjico) no le ha hecho gracia un decreto del general Flores, reglamentando el culto católico. Entre sus artículos figuran estos:

«Se prohíbe terminantemente en el templo toda venta de las llamadas reliquias, las velas de cera, rosarios, escapularios, medidas, estampas, etc., por ser un comercio ilícito, execrado por el mismo Jesucristo, como medida profiláctica contra el tífus y otras enfermedades contagiosas; el uso de bancas y cualquier asiento permanente, así como las pilas del agua llamada bendita, y en bien de la moral privada y pública, el establecimiento de confesonarios.

No se podrán verificar misas ni respuestas de cuerpo presente en los templos, ni dichos respuestas en los panteones públicos.

Los sacerdotes, como lo previenen las leyes, no podrán usar en la vía pública traje ó distintivo especial; se concretarán exclusivamente á cumplir con su misión, sin mezclarse; por ningún motivo, en asuntos políticos ni incitar al pueblo de alguna manera á perturbar el orden público ó obstruccionar la labor de las autoridades.

El culto se verificará en lo que fuere necesario y á horas que no entorpezcan las labores de las familias ni los trabajos de los varones. El uso de las campanas se hará como lo prevengan los bandos de Policía.

Serán castigados muy severamente los que, para explotar el fanatismo y la ignorancia de los feligreses, recurrieren á cualquier medio de engaño ó que provoquen escándalo ó atente contra la moral ó la tranquilidad pública.»

En otros artículos se ordena que se haga un escrupuloso inventario de todas las existencias de reliquias y obras de arte de las iglesias, que los sacerdotes sean mejicanos, que las escuelas particulares sean laicas y que se supriman los Seminarios Conciliares.»

Hace tiempo que venía yo desesperando de la salvación de la República mejicana, y viendo oscuro ¿qué oscuro?, muy negrísimo su porvenir.

Pero al ver la luz purísima que irradiaba ese decreto, vuelve á mi pecho la esperanza y exclamo entusiasmado:

«Nación que cuenta todavía con estadistas tan grandes como el general Flores, no es posible que perezca. Podrán caer sobre ella todas las calamidades imaginables, pero se ha librado de la mayor.»

Si da Romanones un decreto así, me declaro Melquiades, es decir, monárquico.

Pero clara y francamente, no á estilo Azcárate, es decir, anfibio.

¡Vaya un tío con pupila ese Flores! Todo me encanta en el decreto, pero lo de los confesonarios, me disloca. Eso es dar en el blanco apuntando á lo negro.

¡Las iglesias sin confesonarios! No veré yo, ¡ay! realizada ni esa pequeña parte de mi ideal antirreligioso en esta nación *imbecilizada* por Recaredo.

¡Qué desgraciado nací!

## En broma y en serio

PRECIO DOS PESETAS

## El Correccional de Santa Rita

### YO ACUSO

INCAPACIDAD ABSOLUTA DE LOS CORRECTORES.—PRUEBAS TERMINANTES.

La incapacidad de los frailes no es relativa, es absoluta. He sostenido que no lograrían aprobar un examen de ingreso en el Instituto, del que salen boyantes los muchachos de diez años. Ahí va la demostración.

LO QUE SE EXIGE EN TODAS LAS NACIONES CIVILIZADAS.

Todos los pueblos del mundo que albergan centros dedicados a la difícil misión de corregir y reeducar a los caídos, exigen a los profesionales de esta magna obra profundos conocimientos de Pedagogía y Psicología, sobre todo, y en segundo término—sólo teóricamente puede hacerse esta gradación—una cultura general vastísima.

Quiero huir de citas impropias de la divulgadora labor periodística, y por eso no traigo a colación las prescripciones de los sabios maestros ni los acuerdos votados unánimemente en los Congresos científicos de esta especialidad. Pues bien; los correctores de Santa Rita... pero no, juzga tú, lector. Huelgan las indicaciones, sobran los comentarios. Estos son los hombres.

CÓMO ESCRIBE EL ENCARGADO DE ENSEÑAR A ESCRIBIR.

El religioso a quien estaba confiada la escuela del reformatorio, escribió el 20 de Octubre de 1915 una carta, que poseo, con estas filigranas ortográficas:

«Que no «sede» hospedaje».

«Biene».

«Motibo».

«Tu vieron».

En la misiva hay un alarde sociológico que merece admirarse; éste: «como estamos en tiempo de «gerra», los comestibles han subido mucho». Este hermano era de los que se complacían en golpear a los chicuelos por la falta más trivial. Tengo documentos en que así consta.

LOS FRAILES MÁS ILUSTRADOS.—«POR SUS OBRAS LOS CONOCERÉIS».

Eran los cuatro ó cinco sacerdotes que, dedicados a las prácticas del culto, no intervenían en la corrección. Basta para juzgarlos saber que «todas» las asignaturas de «todas» las carreras que se cursan en Santa Rita han de explicarlas profesores seglares ajenos a la casa. Y cuando hombres de su autoridad moral prescinden de consideraciones económicas y confiesan de este modo su impericia en «todas» las ramas científicas, no podemos menos de otorgar a sus palabras el crédito debido.

El director del Correccional escribe en dos cartas que tengo archivadas:

«Habriese».

«Me apresuro ha comunicarte».

A pesar de estos datos, no nos resignábamos a reconocer la cantidad de ignorancia que se atribuye a los dignos padres, y una mano piadosa colocó ante nuestros ojos la siguiente irrefutable documentación, que equivale a una confesión de parte. Escuchad.

En el Correccional se publica una revista «dirigida y redactada» por los frai-

les. En distintos números—que anotamos—figuran... ¿qué crees lector? ¿Artículos doctrinales? ¿Exposiciones de teorías? ¿Trabajos pedagógicos?... Pues no. Eso sería lo indicado en profesionales reformadores; pero ¿no tienen valor educativo estos párrafos?:

«Vamos a atacar de frente; por los flancos y los lados».

«Ya no harás más el primo».

(Número 93 de «La Emulación».)

«Empiezan los rojos sacando 12 tantos de ventaja; escuchándose voces: «¡hay hule!»

(Número 114.)

«La «high-life» de la golfería madrileña».

«Andoval.»

«Correrla.»

(Número 115.)

«Fray Leonardo, el amo de la pasta.»

(Número 23.)

«Nos disponemos a pasar el verano en este edén, entre baños y duchas (que es para lo único que estamos «duchos»).

«Con la salida de los afortunados, ha coincidido la llegada de nuevos veraneantes atraídos sin duda por la «frescura» que todos aquí disfrutamos.»

(Número 13.)

«¿Cómo pasaste la tarde?—Superiormente; al lado de mi familia conversando con ellos y me obsequiaron con amor, en fin la mar de bien.—No dudo que el haber salido ileso en los últimos exámenes, habrá contribuido a que tuvieras un día de dicha tanta y de tanta dicha.»

(Número 88.)

«En los alumnos, una especie de decaimiento de fuerzas, «de rosca.»

«Se prepara para estas Pascuas un triduo de festejos de esos que llaman por ahí de «órdago».

(Número 6.)

«Y para que no crean que esto es un «canard» ó metedura de la extremidad inferior...»

(Número 19.)

Suponemos al lector saturado de ejemplaridad literaria, y en gracia al buen rato que acabamos de proporcionarle, solicitamos que una su voz a nuestras peticiones para decir: ¡Perdónalos Señor, que no saben lo que hacen!

LOS PRESIDARIOS Y LOS CORRIGENDOS DE SANTA RITA

El Estado pide a los funcionarios del Cuerpo de Prisiones llamados a tratar con delincuentes vulgares:

Determinadas condiciones legales.

Entrada, por oposición, en la Escuela de Criminología.

Dos años de estudios en la misma.

Nuevos ejercicios para pasar a la Sección técnica.

El Estado no exige capacitación ni requisito alguno a los hombres encargados de reformar a jóvenes cultos, universitarios en gran parte.

Los corrigendos de Santa Rita, sin antecedentes penales, merecen al Estado menos consideración que los presidiarios. La nación lo consiente.

PARA TERMINAR

Hemos huído de apreciaciones, de subjetivismos. Ahí están los hechos, que no pueden discutirse. El mismo adversario nos da la prueba hecha.

Lector: Esos hombres cuyo índice mental queda esculpido más arriba, embutecen a nuestra juventud, como hemos demostrado, la explotan y la corrompen,

como demostraremos en su día. Pero esos hombres... son inviolables; no oses lanzar contra ellos tu condenación.

No te indignes, lector. No prodigues energía nerviosa, ni derroches inútilmente tus clamores. Descúbrete ante esos hombres que pueden llegar a ser mentores de tus hijos; descúbrete y reserva tu indignación para cuando alguien se maraville ante ti de que los maestros de escuela españoles, muertos de hambre, tengan que dedicarse a toreros.

ABRAHAM POLANCO

## Cine clerical

CORDERO PASCUAL

Atrio de San Ginés; mañana espléndida de primavera; gran ruido de campanas, fiesta de Pascua; corrillos de devotos y devotas: son gente bien.

—Mire usted, ya sale... Doña Narcisca, fijese.

—¿Quién es?

—Aquel del bigote canoso tan repulido.

—Parece que va pisando huevos.

—Detrás viene ella... ¡Qué fresca!

—¡Uf! Qué nube de pollitos lleva alrededor...

Son los cofrades del Santo Amor, que ella fundó y dirige su esposo.

—¿Y aquel jovencito rubio de los lentes que parece que se la come con los ojos?

Es el secretario de tanda; los muda como de camisas.

—Pero si va muy llamativa... Parece una cocota...

—Pues hoy viene con traje de iglesia. ¡Si la viera usted en el paseo ó en el teatro! Anda, hija; ponte una falda más corta y unas botas más altas... Se la ven las rodillas.

—Pues ya no es ninguna niña.

—¿Qué ha de ser! Ya tiene los cuarenta bien cumplidos.

—Pues, hija; los disimula mucho.

—¡Si lleva encima de la piel una droguería!

—Mire usted cómo le roza con la pierna el secretario...

—Sí que es pegajoso el niño, y eso que están delante el marido y el cura párroco.

—¡Otro que tal! También le hace la rosca, pero ella está por los capullos tiernos...

—Sí, sí; á burro viejo ramal verde.

—Empieza la despedida y el desfile... Mire usted aquel chiquitín que codazos pega para poder darle la mano antes que a los otros.

—¡Qué barbaridad! ¡Qué escándalo! Eso no es cofradía, eso es un *corrupcional* de menores.

Así están ellos... ¡Qué caras! ¡Qué ojerás!

—Fijese como se ríe el... calzonazos del marido... Iba á decir un disparate.

—No, ya puede usted decirlo: si lo

dice todo el mundo... Las de la Vela le han puesto el *cordero pascual*.

—¡Qué gracia! ¿Y por qué Pascual?

—Porque el día de resurrección se elige siempre el nuevo secretario para el año... Ella escribe las papeletas y el marido saca una de la bolsa.

—¿Pero, así, al tun, tun?... Entonces eso es una lotería del amor...

No lo crea; todas las papeletas llevan el mismo nombre, el del predilecto; así no hay miedo ninguno... Lo descubrieron las hijas de Santa Mónica, que no la pueden ver.

—Como que les ha dejado desierto el gallinero.

—Ya se van... Ella tira por un lado seguida de su corte, y el marido por otro. ¡Anda! También se le cuelga del brazo un pollito muy relamido, y con flor en el ojal.

—A ver si también el *cordero* tiene secretario.

—Es usted tremenda, Doña Narcisca... ¡Ja! ¡Ja!

—Hija, se ven tantas cosas en este mundo...

FRAY GERUNDIO

## Palos de ciego

Creía yo que era el más ignorante de cuantos seres hay. Me voy convenciendo poco a poco de que esa mi creencia no tiene nada de absoluta. Todos los días ¡ay!, recibe uno un desencanto. Y ya que ese desencanto me ha puesto de mal talante, allá va un palo para los ignorantes republicanos católicos que blasonando de serlo, demuestran que no saben una palabra de catolicismo. Eche á andar cualquiera de ellos por los senderos del sentido común, y á dos pasos habrá dado un resbalón con la sinrazón siguiente: «Cualquiera que hablare contra el hijo del hombre, le será perdonado; mas cualquiera que hablare contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo, ni en el venidero. (Mart. 12-32). ¿Que por qué eso es una sinrazón? Pues por esto: el que eso dijo creía que un siglo después de él acabaría el mundo, cosa que no ha sucedido hasta hoy, que estamos á bastantes siglos de distancia de quien lo anunció. Pocas ganas le quedarán al republicano católico de hacer profesión de fe de tal tontería evangélica.

Siga andando, volviendo sobre sus pasos para ver algo que había pasado por alto. «No penséis que he venido para meter paz en la tierra: no he venido para meter paz, si no espada. Porque he venido para hacer disensión del hombre contra su padre, y de la hija contra su madre y de la nuera contra su suegra». ¿Qué tal le parecen á ese republicano católico las leccioncitas bondadosas de su maestro para arreglar el mundo? Algunos quieren á todo eso llamar normalismo; otros, más modestos, pero más sinceros, lo denominamos *barbaridades de calibre 42*. Y no para todo ahí, queridísimos republicanos católicos, porque el pobre diablo que quiere armar en el mundo el cisco que se entrevé por los vers. 34 y 35 del cap. X de Mateo que he citado, es tan desmemoriado que no recuerda lo que ya

había dicho antes (11-29)... «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso para vuestras almas». ¿Hay algún republicano que tenga la bondad de atarme esas moscas por el rabo?

Adelante. El republicano católico creará que el ir por la calle bien vestido y con la andorga llena, nada tiene de particular, sino el obedecer á las necesidades naturales y sociales. Sí, ¿eh? Pues tenga la bondad de agarrarse á este trocito del dogma por lo más sutil y quebradizo del cap. VI de Mateo: «No os congojéis por vuestra vida, qué habéis de comer, ó qué habéis de beber: ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir.» El buen republicano católico que guste de darse buena vida, se pondrá un si es ó no es mohino y malhumorado al leerlo por vez primera. Sosiéguese, persígnese, santíguese y confórtese católicamente con las recomendaciones de los versículos 26 y 27: «Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni allegan en alfolíes; y vuestro padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros mucho mejores que ellas?» Yo confieso, por mi parte, que soy algo descreído en materia de bondad católica, pero afirmo á fuer de imparcial que las avocillas del cielo suelen limpiar de parásitos el trigo que ahora acaparan multitud de parásitos de otra especie. ¿Que ya han pasado aquellos tiempos, como me aseguraba con cándido acento un capellán en cierta ocasión? Conformes; pero conviene admitir asimismo que esas doctrinas siguen predicándose en los templos con carácter de verdaderas. «No os congojéis—vuélvese á repetir en el versículo 31—pues, diciendo, ¿qué comeremos, ó qué beberemos, ó con qué nos cubriremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas.» Por desgracia, los ateos tenemos que comer, beber y vestir. ¡Convenzan ustedes á un pastor católico, de que vaya por el mundo en traje de Adán sin comer ni beber, diciéndole que los lirios del campo no se preocupan de tales cosas! Antes se echará á reír con socarronería en las mismas barbas de ustedes dando al traste con todos los cuentos y consejas que hablen de ello. ¿Verdad que el catolicismo tiene cosas regocijantes?

Todavía hay más cosas serias y respetables que ha de tropezar el republicano católico si lee la sagrada escritura por el cap. VI de Lucas: «Y al que te hiere en la mejilla, dale también la otra; y al que te quite la capa, ni aun el sayo le defiendas.» Hasta qué punto sea este afonismo factible para un republicano católico resúltame de difícil averiguación. Con un ejemplo no sé si llegaré á aclararlo. Sale el más perfecto republicano católico á la calle el fatídico 13 de Octubre, á la sazón en que clericales y anticlericales se estan matando; contra él dispara su revólver, al verle un sacerdote. También el republicano lleva revólver. Al llegar á este punto el ejemplo, me interrumpe un católico monárquico y me dice: «En esas condiciones yo disparo contra mi enemigo, mientras mi religión no me ordene que al que me pegue un tiro en el cráneo le ponga yo el corazón.» Interrumpido tan bruscamente el ejemplo, pierdo ya el hilo y no sé sino argüir:—¡Bárbaros! Lucas os dice en el versículo 27 del sermón del monte: «Mas á vosotros los que oís digo: Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, bendecid á los que os maldi-

cen y orad por los que os calumnian.»—Quede la moraleja de mi incompleta parábola á la discrección de los católicos de todos los partidos y sectas.

Si quisiera yo contar á los católicos todas las contradicciones evangélicas, no terminara en veinte artículos, y si quisiera hablar de las torpezas sacerdotales, tendría que tomarme el trabajo de irme por ahí confirmando lo que Nakens narra en sus *Calumnias al clero*. Y vaya otra parábola. Dos ancianos se entraron en el templo á orar porque los viesen los sacerdotes, y las gentes los considerasen creyentes, y Dios les tratase bien en la otra vida. Mas he aquí, que un sacerdote les amonesta recio y les grita: «Salid de aquí, que ya es hora de cerrar la casa de Dios. Oísteis que fué dicho por Aquél en el versículo 5.º del cap. VI de Mateo: «Y cuando oras, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en las sinagogas, y en los cantones de las calles en pie, para ser vistos de los hombres: de cierto os digo, que ya tienen su pago». Así, yo os conmino, buenos ancianos, á que salgáis de aquí con celeridad de película.» Y los dos ancianos se fueron tristes y apesadumbrados... Esa es la parábola. Y el Dios á quien oraban no convirtió en ceniza la persona del sacerdote, ni le quitó el habla al decir misa, ni le despojó de su cargo, milagros todos estos que fortalecerían la fe de los republicanos católicos.

Y basta. Estas palabras las digo para que mediten los que no entienden una jota de religión, ni del Evangelio, ni de milagros, ni de ciencia, ni de política. Si caen como palos de ciego y pegan donde menos pensé, algo gane quizá el sentido común. Que es lo que más deseo.

VOLNEY CONDE-PELAYO

## EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL  
CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS  
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION  
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

### PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta obra on el 25 por 100 de rebaja.

### Biblioteca Pro-Multas

## Cien sonetos

de

JOSE NAKENS

Precio: UNA peseta.

Debe enviarse también 25 céntimos para el certificado.

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12, MADRID